



1. ¿Qué queda?

Cansada, cansada, cansada...

De mis arrepentimientos.

De mis imperfecciones que ya no puedo aceptar.

De sentirme inadecuada.

De que mi cuerpo ya no está en sintonía con mi mente.

De los cambios que no tengo tiempo de hacer.

Del dolor.

Del miedo.

De los espejos que reflejan otra persona.

De ver a mis hijos luchar contra las adversidades.

De no poder salvar a mis nietos de las decepciones.

De mis intentos inútiles de ser positiva.

De saber que de todos nosotros quedará solo un puñado de polvo y unos recuerdos distorsionados.

Una semana después

Que bien, qué bien, qué bien

Hoy es un maravilloso día de sol.

La semana pasada siempre estuvo lloviendo.

Hoy por la mañana veré a mi hija que vive al lado del mar.

Por la tarde iré al parque con mis nietos y los dos perros, mientras ellos juegan yo descansaré leyendo un libro y mirando la plantas que están echando hojas y flores.

Por la tarde iré a visitar a una vecina mía de 98 años que necesita compañía, ella siempre me cuenta de su vida y de la guerra, sus cuentos me gustan mucho.

Por la noche una pareja de amigos vendrá a cenar y luego jugaremos a las cartas.

La vida puede ser muy simple y placentera, así que no me importa nada de lo que quedará de todos nosotros. Hoy no quiero desperdiciar un maravilloso día de sol.

2. ¿Qué queda?

Barbara se despertó y por primera vez, desde que Mario se fue, no se sentía triste y sin ganas de hacer nada, así que se levantó, se duchó y se desayunó. Antes de empezar a escribir la tesis decidió hacer un balance de su vida para cerrar el capítulo Mario y abrir uno nuevo. Empezó a pensar que le había quedado como primera cosa la capacidad de amar con toda el alma, aunque pudiera ser herida, la seguridad de que si esta vez había ido mal la próxima vez iría mejor, la voluntad y la

fuerza de terminar sus estudios y encontrar el trabajo que siempre quiso hacer: médico especialista en enfermedades tropicales. Y después, dándose vuelta, vio a Rufus el gato de Mario, que se había quedado con ella y la miraba diciéndole: “por fin volviste a sonreír, él no merece tu llanto, yo no te dejaré nunca”. En ese momento un rayo de sol iluminó la carta a la que no había querido contestar, era una del Instituto de Salud de Milán, uno de los más importantes de Europa; le ofrecían, después de graduarse, una beca de seis meses. No había contestado porque quería ir con Mario, pero ahora se dio cuenta de que era una magnífica oportunidad y decidió ir sola porque le había quedado también el coraje de empezar de nuevo.

3. ¿Qué queda?

Querida Ana,

¡Que alegría tu carta con las dos fotos!

¿Dónde las encontraste después cincuenta años?

¡Que lindas éramos!

Tú, con tus rizos color melón maduro que salían de la bandera de Chile que ondeaba detrás de tu espalda. Yo, con la camiseta con la cara del Che y una minifalda "mínima", cantando "El pueblo unido..."

¡Cuántas canciones, cuántas pasión!

No eran ilusiones. Eran certezas. Certezas en un mundo mejor, sin guerras, un mundo de paz. Eran guerras lejanas, pero nos pertenecían.

¿Y ahora?

¿Ahora en que las guerras las tenemos detrás de la esquina quién habla en serio de paz?

Excepto el anciano Francesco de Roma, nadie entre los poderosos de la tierra se está comprometiendo en serio.

Querida, tú me preguntas ¿qué queda?

Pregunta difícil. Recuerdos, a veces nostalgia, pequeños arrepentimientos.

¡Algo queda, menos la juventud!

Adiós Ana, te espero como siempre en Milán en el cortejo del 25 de abril.

Un beso.

4. Un extraño paréntesis

Cuando Claudia se atrevió a levantar la vista, el lago parecía haber desaparecido, tragado por la niebla negra que había invadido la tarde: una niebla densa, símil al vacío que se extendía en su corazón. Incluso el rostro del chico aferrado a la barandilla junto a ella, Agustín, parecía haberse fundido en ese gris.

Pero sus palabras, esas dos palabras suyas resonaron en la oscuridad, y el toque de su mano, que había tocado su hombro, ardió en la carne de Claudia como una quemadura.

La chica se había sacudido enojada por aquel gesto delicado, dándole la espalda, y permaneció inmóvil, encerrando entre sus delgados brazos la violencia de aquel secreto que latía en su pecho.

Ciertamente estas no eran vacaciones para Claudia y su padre: más bien una fuga, una convalecencia, un extraño paréntesis abierto como por error. Fue el médico el que les había recomendado irse al lago: “será el clima ideal”, había dicho, para una persona en el estado de su padre. “También será

bueno para la niña”, había añadido. "Será también una oportunidad para que ustedes dos pasen algún tiempo juntos..."

A su llegada, el lago los había envuelto en el abrazo húmedo de una llovizna helada. Aunque durante la semana había habido algunos días soleados, a Claudia le pareció que el paisaje lacustre sólo podía expresarse en esos dos tonos de gris: pálido, con una transparencia nacarada durante el día; oscuro y denso, que borraba los contornos de las cosas, al anochecer.

Como ahora, cuando estaba allí clavada en la balaustrada, negándose obstinadamente a darle una sola mirada al incauto chico que le había dicho "te amo". Y esas ganas tan grandes de salir corriendo y contarlo, de volcar en un abrazo amistoso ese torbellino de consternación y vergüenza que le daba vueltas en la cabeza... pero ¿podría hablarle de estas cosas a su papá?

Tampoco había hablado nunca de eso con su madre, ni siquiera antes de que se ella enfermara. La verdad es que Claudia nunca había pensado todavía en los chicos, en el amor... Eran conversaciones para quienes parecían mayores y se susurraban secretos en voz baja.

Luego, cuando el hospital le quitó a su madre, Claudia rezó por ella todas las noches, pidiéndole inútilmente a Dios que mamá se recuperara.

“¿Claudia?” -aventuró Agustín. "¿Te has ofendido?"

Y ahora, ¿qué quería de ella aquel a quien apenas conocía desde hacía unos días? ¿Por qué la estaba atormentando?

“¿Claudia?” murmuró.

"¡Déjame en paz! ¿Quieres entender que me molestas?" gritó, rompiendo a llorar.

Agustín recogió sus sentimientos y se los guardó en lo más profundo de sus bolsillos.

"¡Es obvio que tu madre no te enseñó la educación!" respondió él.

Y, sin mirar atrás, se fue.

5. ¿Qué queda?

Una tristeza feroz me afecta, con sus emociones, sus recuerdos, los buenos sumándose a los malos, y todos formando parte de un equipaje que siempre llevo conmigo. Y ahora de nuestra vida en común ¿qué queda? El duelo por tu pérdida. ¿Qué queda? quizás las ganas de los viajes que planeamos juntos. Ojalá fuera así. Pero no, ahora no tengo ganas de viajar, puesto que mi equipaje es demasiado pesado. Entonces ¿Qué queda?

Queda

este mar que parece alejarse y que siempre vuelve a una orilla cualquiera,

este mar intranquilo, cambiando de color a menudo, copiando del cielo,

Queda

este mar ruidoso, rompiéndose contra las rocas,

este mar que esconde entre sus olas un ojo rojo: el sol al levantarse,

este mar que sigue rugiendo en el silencio oscuro de una noche sin estrellas,

Queda

este mar que ola tras ola me trae su voz y parece devolverme también la tuya,

este mar que aún estará allí una mañana detrás de otras miles,

Queda

este mar que me hace daño, y que me arrastra y me suelta los pies,

ese mar encantador como una sirena de Ulises, que se aprovecha de mi debilidad,

Queda

este mar que me traerá gotas de agua como lágrimas,

Queda

este mar.... frente al que estoy sola.

6. Toda historia tiene su mancha de café

La vida de Nicasio está llena de pequeñas líneas que se entrelazan con otras; juntas dan lugar a una maraña de cruce de caminos. Él escribe sus líneas conectadas con parientes, amigos y paseantes.

Los caminos se entrelazan y las palabras se mezclan con el contacto de su mirada. Nicasio, como un libro, puede quedarse en la playa, en la memoria de un caminante, situarse

en el peral del jardín, en un lago de lágrimas y en un sueño de risas.

Aprendió que un libro se pone amarillo, las páginas se quiebran, se borran las letras y puede que su vida se descatalogue como cualquier texto.

Saborea las palabras, huele colores, escucha nubes, llega más allá del arco iris.

Sabe que está dentro del mejor argumento.

Conoce y siente su dosis de sabiduría y compasión. Coloca su sonrisa, su mirada en el momento; todo instante tiene su recuerdo y, cada gota tiene su sombra.

El amor y la muerte es lo que cambian su vida y esto es posible en cada página. Dichosa vida. Siente.

Nicasio intuye que la sílaba tiene su acompañante, la palabra su significado y el café su mancha. Esto es lo que queda. Su última frase fue gracias por haberte cruzado conmigo.

Es un regocijo estar en un buen libro.

7. ¿Qué queda?

En la niebla inevitable de mis ojos oscuros y cansados, los de un hombre que comienza sus últimas décadas, te observo. La piel satinada de tu cara no oculta las pequeñas arrugas que me acusan de haber cavado, envuelve el azul incandescente de tus ojos claros. ¡Que te amo! ¡Que te amo!

- Y yo, ya no te amo, gritan en un relámpago que brilla como una bofetada definitiva.

Te miro más intensamente, eres la mujer que, a primera vista, entrando en el bar de mis noches locas y desesperadas, amé porque supiste escucharme. Tenías el pelo largo como hoy que, para desafiarme, los dejaste crecer. ¡Que te amo! ¡Que te amo!

- Puedo peinarlos como quiera, -decreta ella, haciéndolos revolotear como una jovencita obstinada.

Con tu pelo garçon, corto como el minivestido naranja que desvelaba el huso de tus largas piernas, me costaba esperar la intimidad de nuestro pañal. Algunos soñaban, te imaginaba cabalgando sobre mis deseos exacerbados por tu belleza y cuando me despertaba, descubría que no era un sueño. ¡Que te amo! ¡Que te amo!

- No me mires así, no es de tu edad, susurra bajando los párpados como si estuviera asustada.

Algunas veces la noche es fresca, las curvas insidiosas de mi esposa se acercan a mi cuerpo dormido para encontrar calor y consuelo, si me despierto, os dejo imaginar las ideas que no dejan de asaltarme. Pero también recuerdo con ternura una pequeña lágrima naciente en la esquina de sus grandes ojos azules cuando me besó en nuestro aniversario. ¡Que te amo! ¡Que te amo!

8. La rabia

Havid bajó la mirada y comprobó, una vez más, que aquella sangre seca que manchaba sus manos no era la suya. Con

seguridad lo sería de alguno de los desgraciados a los que había intentado ayudar, o incluso sangre de los miembros de su familia, cuyos cuerpos, ahora inánimes, descansaban sepultados bajo aquel montón de escombros que él mismo estaba pisando. Se llevó las manos a la cabeza meciendo su prematuramente encanecido cabello y de su garganta se escapó un alarido. A lo lejos, aún se escuchaban esporádicas explosiones que indicaban que el peligro aún no había pasado y con un gesto mezcla de rabia e impotencia, se agachó para recoger un cascote que lanzó en dirección a los estampidos. Gemía como un niño asustado, pero de sus enrojecidos ojos, ya secos al llanto, no se escapó una sola lágrima. Hacía tan sólo unos días que había estado soñando con la próxima cosecha de trigo, feliz de haber terminado a tiempo el aljibe.

Esta vez –recordaba haberle comentado a su padre- a poco que caigan unas gotas, no nos faltará el agua.

Pero acaeció aquel luctuoso suceso en el que mataron a tanta gente y que había provocado que él mismo pasase a convertirse, días después, en víctima de una terrible venganza. Ahora era su padre junto al resto de la familia los que estaban muertos, y la casa, al igual que el aljibe que tanto le había costado construir, habían pasado a ser poco más que ruinas.

A su modo de ver había llegado el Día del Juicio. Clamó a dios pidiendo justicia, pero dios se había vuelto sordo. Era sabido que ya era sordo desde mucho tiempo atrás, aunque, por si acaso, algunos le siguieran rezando como si en realidad escuchase: rezaban los más, sobre todo por seguir las tradiciones y no perder la costumbre; los menos, porque eran unos ilusos.

A Havid, magullado de cuerpo y espíritu, se le abrieron en ese momento los ojos a la maldad humana para constatar con horror que, para algunos, la existencia de gente como él hacía mucho que había dejado de pesar en una balanza y que, a pese a la certeza de no tener para nadie mayor valor que el de un guijarro, estaba condenado al cruel destino de seguir viviendo no como persona, sino como un objeto de trueque; igual que una cosa sin alma.

Alzó la mirada clavando sus oscuras pupilas en la nada infinita. Ante él, más allá de aquellas ruinas sólo atino a ver un futuro sin esperanza. Desposeído hasta de las migas de felicidad por las que tanto se había esforzado, e incluso dudando de la misma propiedad de sus pobres andrajos, como único motivo para continuar en pie ya tan sólo le quedaba la rabia. Esa, que en adelante, habría de ser su posesión más valiosa, y un día, lo único que tendría para dejar como herencia.

9. ¿Qué queda?

Desde muy pequeño se distinguió por su sensibilidad y su carácter, algo flemático pero enérgico, su inteligencia excepcional y su empatía con el mundo. Para él, éste es el mejor de los mundos posibles.

Su vida se llenó de experiencias. Vivió amores, aventuras, tuvo expectativas, desilusiones, viajes, éxitos, ayudó a mucha gente.

Al atardecer, en esos momentos mágicos, en que las luces cálidas van cambiando poco a poco, hablábamos en voz baja

para no romper el encanto. Nos preguntábamos "¿Qué será de nosotros dentro de 20 años?" "A lo mejor estaremos girando en el sin fin, en el sin fondo, pero de nosotros quedará el recuerdo en quienes nos amaron".